

# Laboratorios de subjetividad

Lakis Proguidis

Traducción de Lucrecia Orensanz

*En esta denuncia beligerante del espíritu uniformizador de nuestros tiempos fragmentarios, el fundador de L'Atelier du roman defiende el papel de la revista literaria como forjadora de criterios estéticos que van a contracorriente de la moda y la popularidad.*

Una revista literaria mensual publicó en Grecia una “encuesta” sobre las preferencias literarias del público. Los “encuestadores” precisaron que habían dirigido su cuestionario a un público lector presumiblemente interesado en la literatura: estudiantes de letras, maestros, catedráticos, librerías, etcétera. Por otro lado, recogieron los comentarios de algunos escritores, a cuya consideración habían sometido las estadísticas. El conjunto —concepción de la “encuesta”, resultados y análisis— fue objeto de un número especial de la revista, anunciado con los correspondientes bombos y platillos.

Desde hace cierto tiempo tengo la convicción de que todas estas encuestas, gestadas en el alarde democrático y la rutina periodística, sólo sirven para disimular la idiotez terrorífica que se ha apoderado de nuestro mundo. Gracias a esta “encuesta” de la revista griega, ahora tengo las pruebas.

El sondeo comenzaba con una pregunta de una originalidad admirable: ¿a quiénes considera usted los tres máximos escritores del siglo XX? El trío ganador: Kafka, Joyce y Coelho. Ante tales preguntas, tales respuestas y tales análisis. Los escritores convocados para examinar el fenómeno observaron algunas inconsistencias y cierta desorientación del público, que atribuyeron a un mercado del libro en plena expansión

y blablablá, blablablá, blablablá. Visiblemente, en lugar de mandar a la fregada de una vez a la revista, los “encuestadores” y el público se tomaron el asunto en serio. Así es como galopa la estupidez y avanza la mentira. Porque todo el asunto es falso, desde el inicio. *Primo*: el público (aunque supuestamente informado) ya no lee; de otro modo, ¿cómo pudo llegar a comparar a Kafka con Coelho? *Secundo*: el público eligió a Coelho no porque *le guste* leerlo, sino porque se habla de él, ¿acaso no lo invitaron hace poco a Davos a pronunciarse sobre las nuevas orientaciones éticas y económicas del mundo? Y *tertio*: ¿de qué lectura estamos hablando? A todas luces, vivimos en un mundo que se regocija de haber burlado la noción de criterio estético y que, además, sin temor al ridículo y mediante las revistas literarias y sus “encuestadores”, sabe disfrazar su obra demoledora de virtud republicana.

“Criterio” y “crítica” vienen del verbo griego *krínein*: “discernir” o “elegir previo juicio”. No por nada, T. S. Eliot llamó *The Criterion* a su revista. Nombró la cosa a partir de su razón de ser. Forjar criterios, ése es el papel único, esencial, ineludible, de las revistas literarias. Redactar críticas y analizar obras no es lo más importante. A menos que esa actividad se practique en nombre de un ejercicio crítico interior: en una revista literaria no se critica, sino que se ejercita la crí-



Franz Kafka, *El pensador*, 1913

tica, se aprende, mediante el diálogo y la relectura, a leer las obras literarias, se busca estimular y enriquecer el gusto personal. Este fin último concierne a todos, desde los fundadores de las revistas hasta los lectores.

Dos series de factores impiden al hombre de nuestros tiempos tener criterios estéticos. Es más, lo preparan para considerar su adquisición como encaminada, según las formulaciones de moda, al despliegue total de su personalidad. Estos factores se relacionan entre sí, intercambian constantemente sus contenidos y conjugan sus encantos diabólicos para que el individuo, todo individuo tomado por separado, abandone cualquier idea de reflexionar, de volver al libro leído, de sopesar, escoger, juzgar o evaluar, es decir, de ejercitarse.

No abundaré sobre los factores llamados *externos*, o sea los factores debidos al mundo tal y como es. De cualquier modo, todos se resumen en uno: falta de tiempo. Es un secreto a voces: ya no tenemos tiempo de leer. El problema no es tanto cuantitativo como ontológico. La causa verdadera es el tiempo fragmentado al que está entregada por completo nuestra cotidianidad, y el *zapping* televisivo no es más que su epifenómeno. Nuestras vivencias siguen el ritmo convulso que genera el absolutismo mediático. Nuestra actividad psíquica se despliega según el tiempo fraccionado, analítico, fragmentado de nuestras imágenes. Más que la imagen, lo que se debe calificar ahora de “digital” es nuestro tiempo. Así, *falta de tiempo* no significa ausencia de tiempo para leer, sino sobre-

presencia de un tiempo que impide, por un lado, que la lectura teja su tiempo propio, autónomo, y, por el otro, que el lector viva su lectura fuera del tiempo único en el que aparece y desaparece el mundo. Y así, al no tener ya ninguna influencia sobre este mundo y a la manera de su tiempo, igualmente “digital”, también el lector tendrá siempre la impresión de que leer no sirve para nada.

Me parece que un solo ejemplo —en realidad, un contraejemplo muy poco frecuente— bastará para ejemplificar esta última hipótesis. En el número que la revista *L'Inconvénient* dedicó al 11 de septiembre, con el título sugerente de “El 12 de septiembre” —para señalar el vacío de pensamiento que envolvió ese acontecimiento trágico—, uno de los autores, Méliisa Grégoire, recuerda en su artículo la novela *Le Rivage des Syrtes* de Julien Gracq,\* escrita cincuenta años antes del atentado. Esta referencia a Julien Gracq, este recuerdo de una novela misteriosa en la que vemos cómo toda catástrofe mayor, antes de manifestarse a plena luz, hunde sus raíces en nuestras almas, esta fidelidad de Méliisa Grégoire al *tiempo* de la novela, es lo que nos permite entender finalmente lo que ningún analista o político se atrevió a pronunciar: el 11 de septiembre se estaba preparando en nosotros mucho antes de la fecha de su consumación.

Volvamos a la realidad que se impone. Podríamos imaginar que, en tales circunstancias, en las que no se considera para los humanos ningún tiempo fuera del tiempo útil y actual, las revistas literarias estarían en condiciones de proponer uno y ponerlo en práctica. Efectivamente, a ellas les corresponde generar la distancia, oponerse al *timing* (aquí el término inglés resulta pertinente) universal impuesto por los medios de comunicación. Sin embargo, esta hipótesis salvable parece cada vez menos plausible. Porque no se trata sólo de las coerciones “externas”. Lo que en nuestros días hace de la lectura algo vano proviene sobre todo del “interior”, de la percepción predominante que se tiene de la crítica, del hecho de que sigamos usando términos como “criterio” y “crítica” sin darnos cuenta de que están completamente alejados de su sentido ancestral.

Crítica. Abramos el *Dictionnaire des littératures de langue française* (Larousse, 1985):

El término “crítica(o)” es ambiguo: cualquiera que sea el dominio al que se aplique, abarca dos funciones. Por un lado, una *función informativa*: el crítico describe y juzga los productos estéticos recientes (libro, obra de

\* Esta novela se publicó en español como *El mar de las Sirtes*, traducción de Josep Escué, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1998, y De bolsillo, 2005. [N. de la T.]

teatro, cuadro, pieza musical) para informar la elección de los lectores o espectadores (esta actividad, vinculada con el desarrollo de la prensa, sea escrita, hablada o televisiva, y con el ritmo de la moda, responde al apetito de curiosidad inmediata del público y a las condiciones del mercado del arte). Por otro lado, tiene una *función de análisis*: la crítica (práctica erudita y universitaria) estudia una obra en su forma, su contenido y su entorno espacial y temporal, para determinar las causas de su *aparición* y captar las modalidades de su *funcionamiento*.

Claro que una lectura rápida no permite percibirse de la superchería semántica materializada en esta definición. Se menciona todo menos la esencia de la crítica: ocuparse del valor de las obras. En cambio, encontramos tres veces la palabra “función” y una vez la palabra “funcionamiento”, conjunto que se distribuye equitativamente entre periodistas y universitarios. La palabra “valor”, en apariencia demasiado subjetiva, demasiado impregnada de afectividad,<sup>1</sup> demasiado temeraria para nuestros tecnólogos en letras o demasiado elitista para nuestros fabricantes de opinión, está proscrita. Volvamos atrás: después de estas

<sup>1</sup> “Lo que espero de la conversación crítica es esa inflexión precisa en la voz, la que me hará sentir que ustedes están enamorados de la misma manera que yo”, Julien Gracq, *En lisant en écrivant* [recopilación publicada en español como *Leyendo escribiendo*, traducción de Cecilia Yepes, Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuente-taja, Madrid, 2005, col. El oficio de escritor. N. de la T.].

precisiones lexicográficas, ¿podemos aún reírnos de la revista griega que colocó a Coelho junto a Kafka y Joyce? En la noche del universo “funcionalizado”, todos los escritores se parecen.

La definición del diccionario expresa algo aún más significativo que su cientificismo: su cientificismo social. El redactor de las líneas citadas no sólo babea por la ciencia. También sigue, atenta y servilmente, la mirada del público. Es más, mediante una operación muy sutil, demasiado anodina para el común de los mortales, mediante una operación que deja fuera de lugar al arte y a la estética, “democratiza” la crítica, la adapta a los credos igualadores del tiempo presente. De ahí a emprender “encuestas” entre el público para descubrir a los tres máximos escritores del siglo no hay una distancia abismal. Se explica así la proliferación extraordinaria de revistas literarias que reciclan la ósmosis entre el pseudorrigor científico y las preferencias teledirigidas de los ciudadanos.

¿Y por qué no?, ¿por qué no estar en sintonía con nuestro mundo?, argüirá el ciudadano de a pie, acostumbrado a seguir dócilmente las “evoluciones” de la sociedad. Lo reconozco: la respuesta no es sencilla. Con todo, sigo creyendo que la razón última de una revista literaria es librarnos de la amenaza de las mayorías. **u**

---

Publicado originalmente en *L'Atelier du roman*, número 38, junio de 2004, pp. 40-44.



Franz Kafka, *Hombre entre rejas*, 1916